

LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribución entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

SUMARIO.

Los premios á la virtud; poesia por D. José C. Bruna.—Los misterios de una calavera; traduccion de R. F. M.—El último adios; por F. H. de M.—Poesia italiana de Pompeyo Figari; traducida por L. de I.—J...; melodía por D. Augusto Jeréz Percét.—Variedades.—Solucion á la charada inserta en nuestro número anterior.—Charadas.

LOS PREMIOS Á LA VIRTUD.

Un quieto lago de agua
pura, fresca, y cristalina
cuya superficie era
el juguete de la brisa,
premiar quiso á la virtud,
que hasta los lagos imitan
aquellas obras del hombre
que la sociedad admira.
Pero ¿quién es la virtud?
el inocente decia,
y una rosa le responde
dulce, modesta y sencilla:

—Yo soy, yo soy la virtud
que punzo con mis espinas
á las ponzoñosas manos
que cortar mi tallo ansian:
nazco y muero tristemente,
y si las aves me miran
y me alhagan con sus cantos
de amorosa melodía,
les oigo pero no acojo,
porque temo su malicia.
No bien la rosa acabó
estas palabras sentidas
cuando una azucena dijo
inclinándose algo tímida:
«Mi vestido, mis costumbres,
mi aire de melancolía
ha hecho que mis compañeras
por la virtud me distingan,
nazco y muero sin amores,
el céfiro me acaricia,

tengo la forma de un cáliz
que es una forma divina
y dentro de mí la noche
derrama sus perlas líquidas;
yo soy, yo soy la virtud,
no tengo amores ni amigas,
pura nací, pura muero....
dá algun premio á mis fatigas.»
Así dijo la azucena;
y el lago ya no sabia
á cual de las dos premiar,
cuando oyó una voz sentida
que entre sollozos y lágrimas
de esta manera decia:

—Yo soy una pobre madre,
pobre, triste, desvalida,
tengo mas hijos que gotas
tiene la mar, la perfidia
corre por cima de mí
sin que por esto la admita;
hiere y destroza mi cuerpo
el hazadon y la pica,
y en vez de reconconvenciones
doy plantas por mis heridas:
premia á la que te sostiene
á la que te dá la vida
la tierra soy que te habla,
soy tu madre, soy tu guia.

Perplejo quedóse el lago
y casi se arrepentía,
de haber querido premiar
lo que tantos le pedian;
pero mayor fué su asombro
cuando otra voz conmovida
se oyó que dijo llorando

estas palabras sentidas:

—Soy el aire, amigo mio,
yo doy á todos la vida,
y ni me acuesto de noche
ni descanso por el dia;
abro el cerrado capullo,
enjendro la suave brisa,
modero del sol la fuerza,
y, hasta aquí, vana porfia
ha sido buscar alguno
que premiase mis fatigas,
y pues que tú lo prometes
recompensa mis desdichas.
Alzó el riachuelo los ojos
á las regiones divinas,
cuyas nubecillas ténues
en sus aguas se veian,
y demandóle consejo
sobre lo que hacer debía.
El cielo, entónces, que á nadie
abandona, al lago indica
que premiar á la virtud
no es posible en esta vida,
cuyo premio envuelto vá
en el bien que se practica.
Que los que premios le piden
se lo piden con justicia,
pues son séres virtuosos
aunque no la virtud misma.
Premia, pues, le dice el cielo,
si á ello el corazon te obliga,
pero premia al individuo,
que premiar esa purísima
emanacion del Señor,
llama hermosa, pura y viva,
no está en mano de los hombres;
ese premio está aquí arriba.

JOSE C. BRUNA.

LOS MISTERIOS DE UNA CALAVERA.

(TRADUCCION.)

El cementerio del lugar de Abbots Lillington, en el condado de Cumberland, estaba situado cerca del camino de Lóndres el año 1616; la víspera del primer dia de Navidad del citado año entró en él un hombre al parecer estrangero, y al pasar por junto á una huesa recién abierta se paró á mirar una calavera que estaba sobre la tierra y piedras que se habian sacado de ella; cosa muy natural, pero que le llamó la atencion haciéndole reflexionar sobre la poca suerte que habia tenido su

dueño en que no dejasen descansar sus huesos en la sepultura. Embebido se hallaba en estas ú otras reflexiones cuando de repente se estremeció y clavó la vista en la calavera; pareciale que se movia, dió un paso hacia atras y ya creia que habia sido una ilusion de sus sentidos é iba á retirarse, cuando la calavera, para no dejarle ninguna duda, rodó desde el monton de tierra sobre que estaba colocada, viniendo á tropezar en sus botas; mas sorprendido que nunca la empujó con el pié, lo que hizo salir de ella un enorme sapo. Esto que esplicaba tan naturalmente los movimientos anteriores, le incomodó porque conocia que le habia alterado la tranquilidad una cosa tan sencilla y la levantó con la mano.

Una particularidad que vió en ella le llamó la atencion; un clavo la atravesaba por algo mas arriba de la oreja, siendo de notar que habia dejado á lo largo del cráneo una mancha rojiza producida por oxidacion del hierro, circunstancia que no dejaba la menor duda de que el clavo habia sido introducido en vida.

Ningun hombre puede existir un momento despues de recibir esta herida; luego este clavo descubre un asesinato cometido por algun descendiente de Cain en la persona del antiguo propietario de esta calavera.

Era bastante aficionado á aventuras el que estas palabras decia, y encontrando allí tela cortada para una muy horrible, tal vez, ocultó la calavera bajo de la capa y se dirigió hácia el pueblo; pero antes de salir del cementerio encontró al enterador, única persona que podia aclararle aquel misterio, por lo cual se acercó y le dijo:

—¿Habeis abierto vos esa huesa?

—¿Quien la habia de abrir sino el sepulturero? Contestó este algo sorprendido por la pregunta.

—¿Y hace mucho tiempo que lo sois de este pueblo?

—Treinta y cuatro años hará por carnaval.

—¿Pues entonces podreis decirme de quien es esta calavera?

—¿De donde la habeis tomado? —esclamó el viejo adelantándose para cogerla.—¿Quién os ha dado derecho para venir aqui á robarme los huesos? Dadme esa calavera, demasiado que la reconozco: veinte años hace que enterré á su dueño y hoy la he sacado para poner á otro en su sitio.

—Veo que lo habeis conocido: efectivamente la he tomado de este monton de tierra, pero necesito llevármela porque puedo descubrir un secreto de mucha importancia. Tomad esta guinea, y decidme como se llamaba el individuo de que formaba parte esta calavera.

—Esta calavera fué la cabeza de un amigo mio; —contestó el sepulturero, cuyos escrúpulos y cuya re-

pugnancia á contestar desaparecieron ante la guinea que le dió el caballero - hombre por cierto de muy buen humor y con el cual he bebido muchas botellas de cerveza en su casa; la taberna del «Gallo Blanco»: ninguno de sus parroquianos se le podia igualar en ligereza para despachar botellas.

—Sin duda moriria de resultas de mucha bebida.

—No... no fué eso, sinó que su muger lo halló muerto un dia en su cama.

—¿Y su muerte causó mucha impresion en el pueblo? ¿Fué acompañada de circunstancias extraordinarias?

—Nada de eso, murió de un ataque de apoplejia que le acometió durmiendo, cosa que no tiene nada de particular. Pocas horas antes habíamos vaciado entre él y yo una botella de vino de Canarias; y me acuerdo, como si lo estuviese viendo, de la riña que tuvo con su criado Will, porque este no habia querido servir á un parroquiano: viendo lo insolente que estaba le amenazó con despedirlo de su casa, pero su muger tomó parte en la contienda á favor del criado, y él se subió á su cuarto renegando de los dos, muy encolerizado, lo cual fué causa, sin duda, de que le diera un ataque de apoplejia.

—¿Y lo visteis despues de muerto?

Solo un momento que me dejó verlo su muger, pues ella fué quien le envolvió en el sudario.

—¿Y que trazas tenia?

La traza que suelen tener los que se mueren, que no es muy bonita por cierto.

—¿Y de su muger que se ha hecho?

Lo pasa muy bien; está casada con Will, el criado á quien queria despedir su marido, y por cierto que no aguardó mucho tiempo á hacerlo; á los tres meses ya habia reemplazado al difunto, cosa que todos los del pueblo encontraron muy mal hecha.

—¿Y tratis al actual tabernero tanto como á su antecesor?

—Lo que es con este no he bebido ni un vaso. No me gusta su carácter y no sé que idea me ha entrado de que no tendrá su sepultura en este cementerio.

—Voy creyendo lo mismo.

—Pero que haceis? ¿Os vais á llevar esa calavera? ¿La cabeza de mi amigo Phillpot? no puedo permitirlo.

—Tranquilizaos, buen hombre, os prometo que os la devolveré, pero hoy es absolutamente preciso que me la lleve; cuando sepais el uso que voy á hacer de ella os alegrareis y cuándo este cráneo que os parece no tiene nada de particular haya cumplido su importante mision, volveréis á tener el gusto de enterrarlo.

Como media hora despues que tuvo lugar esta

conversacion entraba el mismo caballero, que se habia apoderado de la calavera, en la taberna del «Gallo blanco» en Abbots Lillington. Era, como hemos dicho arriba, la vispera de Navidad; el fuego de una gran hóguera chispeaba bajo la gran campana de la chimenea, en medio de la sala habia una gran mesa cubierta de dulces y puddings, y alrededor de ella el tabernero Will Snake con su muger y algunos convidados comiendo, bebiendo y cantando alegremente.

—Si el señor quiere tomar algo -dijo la tabernera al ver al forastero- que pase al otro cuarto y se le servirá lo que pida.

—No quiero tomar nada -contestó este- pero os espero en este cuarto para hablaros sobre asuntos pertenecientes á vuestro primer marido.

—¡A mi primer marido! -esclamó la tabernera de cuyo rostro desapareció la alegria. -Decís que sobre asuntos de mi primer marido?

Eso mismo: necesito hablaros un momento en secreto sobre ciertos bienes que tenia en el extranjero y de que vos tal vez no habreis tenido noticia.

Volvióse ella sorprendida mirando á su marido, el cual le dijo:

—Por que te detienes? vete con el señor y oye lo que tenga que decirte, que si nos trae dinero del difunto, no es cosa de despreciar.

La muger pasó al otro cuarto mirando con ansiedad al que así interrumpia su diversion.

—¿Me conoceis? -le dijo este cerrando la puerta.

—No recuerdo haberos visto nunca -contestó ella.

—Soy Sir Nautilio Steward el que colocó á vuestro marido en esta taberna poco tiempo antes de marchar en la espedicion de Sir Walter Raleigh; ahora he regresado y vengo á preguntaros los pormenores de su muerte.

—Ay de mí! que os podré decir yo sino lo mismo que todos saben; que murió de un ataque de apoplejia.

—Estais segura que murió de un ataque de apoplejia? -repuso Sir Nautilio recalcando sus palabras ¿no teneis la menor duda?... Ay! siento un dolor aquí, sobre la oreja, como si me introdujeran un clavo.

—Dios mio! -esclamó ella, poniéndose pálida como un cadáver. -¿Qué es lo que quereis decir?

—Nada, nada, -contestó el caballero- ya me ha pasado, pero era un dolor como si me introdujesen un clavo en el cráneo.

La tabernera cayó desmayada.

Asomóse Sir Nautilio á la puerta y llamando á un constable (*) le dijo:

(*) Alguacil.



—Cuidad de esa muger, no le dejeis salir ni hablar con nadie.

Dirigióse luego rápidamente á la cocina donde continuaba bebiendo el tabernero el cual no pudiendo sufrir la escrutadora mirada que lo fascinaba se levantó de la silla con muestras visibles de impaciencia.

—Erais en otro tiempo el mozo de esta taberna, ¿no es verdad? dijo, al fin, Sir Nautilio con acento irónico y persiguiéndolo con sus miradas.

—Gracias por el recuerdo - contestó el tabernero.

—Vuestra muger es la viuda de vuestro amo, ¿no es verdad?

—Gracias por la atención.

—Y os casasteis tres meses despues de su muerte ¿no es verdad?

—Os agradecería mucho mas - replicó el tabernero - que fueseis á arreglar vuestros asuntos en lugar de ocuparos de los míos.

—Vuestro amo el honrado Phillpot murió de repente ¿no es verdad? - continuó Sir Nautilio con la serenidad de un juez que interroga á un criminal.

—Muy bien puede ser.

—Esta noche hará veinte y dos años que murió ¿no es verdad?

—Sobre poco mas ó menos.

—¿Y de qué murió?

—De un ataque.

—¿De qué?

—¿Qué se yó? De un ataque de borrachera seria regularmente.

—¿Y no hubo en su muerte ninguna circunstancia particular?

Esta pregunta turbó al tabernero haciéndole mirar á Sir Nautilio con asombro; este conoció que iba ganando terreno y continuó.

—¿Examinásteis el cadáver de vuestro amo?

—No, no lo ví, respondió el tabernero palideciendo, no lo quise ver.... mi muger lo cosió en el sudario... yo no lo ví... pero donde está mi muger.... ahora la llamaré.

—Deteneos, aun no hemos acabado.

—¿Quién examinó el cadáver antes de enterarlo?

—El médico del lugar lo reconoció.

—¿Dónde está ese médico?

—Ya hace tiempo que murió.

—¿Y qué dijo cuando lo reconoció?

—Que habia muerto de un ataque de... pero... que habia de decir... que murió de repente.

—Yo lo creo - repuso Sir Nautilio sacando la calavera de debajo de la capa y enseñándosela al tabernero: - ¿como no habia de morir de repente habiéndole atravesado vosotros, infames, el cráneo con este clavo?

El asesino de Phillpot dió un grito y quiso huir, pero Sir Nautilio lo asió del brazo y le dijo:

—Daos á prision; vuestra muger lo ha confesado todo.

—Pues bien - contestó él - no quiero negarlo, maté al viejo lo mismo que ahora te mataré á tí.

Y se arrojó al cuello de Sir Nautilio procurando al mismo tiempo cojer un cuchillo de los que habia sobre la mesa.

Una violenta sacudida desembarazó al caballero de él y luego, haciendo uso de unas fuerzas hercúleas, en un momento lo hizo caer de rodillas sujetándole por el cuello: algunos de los circunstantes le ayudaron y habiéndole atado, salió á tomar las medidas necesarias para conducirlo á la cárcel.

Al dia siguiente recibió el sepulturero la calavera de su antiguo amigo y la noticia de que su asesino habia yá sido entregado á la justicia.

R. F. M.

Valencia.

EL ÚLTIMO ADIOS.

Era una noche del abril riente;
era tan pura cual el puro amor;
iba rezando la modesta fuente,
iba la brisa repitiendo ¡adios!...

La rosa entre el ramaje se escondía,
el cielo estaba trasparente, azul;
triste el riachuelo sin cesar gemía,
nadie turbaba tan feliz quietud.

El mar tranquilo, suspiraba ansioso,
aromas daba la naciente flor.
todo era calma; majestad, reposo,
solo se oia murmurar ¡adios!...

La blanca luna en el inmenso cielo
luz derramaba sobre el quieto mar,
y allá á lo lejos con creciente anhelo,
una voz triste, repitió: jamás!

Herida, el ave, á la montaña umbría
vuela á cantar su postrimer dolor...

tu me robastes mi quietud, María
yo te perdono en mi postrer ¡adios!

F. H. DE M.

Málaga.

POESIA ITALIANA

DE POMPEYO FIGARI.

jenovés, entre los Arcades, Montano Falanzio.

SIGLO XVIII.—TRADUCCION.

«Un Pelicano parezo, que mora
en el desierto; ó un Bubo, que hu-
ye de la luz y se esconde en las
tinieblas.»

Oh Pelicano, tú, que en sitio incierto,
do el bosque es mas espeso y retirado,
doliente y solo en hórrido desierto
pasas tus largos dias ignorado;

Tú, Bubo, que hasta ver que el dia ha muerto,
y la noche su manto ha desplegado
oculto estás, y nunca al descubierto
osas tu vuelo alzar, avergonzado;

Tambien yo el bosque solitario anhelo,
y en las grutas vivir, por si consigo
dar á mi pena algun alivio y calma.

Mas ay! que en vano busco este consuelo;
pues si mis culpas van siempre conmigo,
nunca se puede hallar sola mi alma.

L. DE I.

Cádiz.

J.....

MELODIA.

¿Por qué vela tu frente
de angélica hermosura
cual sombra melencólica
el velo del sufrir?

¿Por qué la llama ardiente
de tu mirada pura
fulgores vierte, lánguidos,
con loco frenesí?

Murieron en tus bellas
mejillas olorosas
las ázucenas nítidas
de encanto seductor;

y del pesar las huellas
amargas, dolorosas,
tu faz tornaron pálida,
y triste de dolor.

¿Qué ha sido de los dias
de goces y de anhelos?
Tus dulces horas plácidas
pasaron sin volver.
¡Fugaces alegrías!
hoy, solo desconsuelos
tu pecho hieren, misero,
dó mora el padecer.

Mas no triste, ángel mio,
derrames hondo llanto;
tras la tormenta horrisona
el Iris lucirá.
Espera en el Dios pio;
mitiga tu quebranto,
y nuevos dias célicos
tranquila gozarás.

AUGUSTO JEREZ PERCET.

Madrid.—1862.

VARIEDADES.

ARQUEOLOGIA.

Traducimos de un periódico semanal que se publica en Italia el siguiente escrito que hace referencia á un apreciable amigo nuestro:

«El doctor D. Manuel Rodriguez de Berlanga, que dió á conocer á la Europa las Tablas en bronce, dichas de Málaga, y que contienen las leyes municipales de la espresada poblacion y Salpeca, bajo el reinado de Diocleciano, envió hace poco á diversos establecimientos científicos de Paris un *fac-simile* de tamaño natural con aquellas inscripciones.

La autenticidad de estos documentos ha sido puesta en duda; pero los doctos mas autorizados en Europa sobre esta materia como son, por ejemplo, los señores Huschke y Mammosen se pronuncian en sentido favorable. El exámen del *fac-simile* decidirá, ciertamente, la cuestion.»

Nosotros publicamos el escrito y nos abstenemos de comentarios que en este caso podrian creerse mas de amistad que de justicia.

EMILIO Y CLARA.

I.

INTRODUCCION.

El sol espirante iluminaba con sus pálidos y moribundos rayos una casita Blanca.

Blanca como la cáscara del huevo.

El sol estaba amarillo.

Amarillo como la yema.

Clara..... Clara era una joven de 25 años.

Sus ojos melosos tiraban á verde y tanto tiraban que la esfera esclerótica salía bastante de su órbita.

Una nariz larga y una boca grande completaba aquel rostro que habia enamorado á mas de un corazon novelesco.

Clara leyó los *Mosqueteros*.

Desde que los leyó aborreció la costura y se dió á los libros.

Aprendió de memoria el *Judio Errante* y descuidó el peinarse.

Leyó algunas obras de Rousseau y compró una pistola.

Una muger despeinada, con un libro en una mano y en la otra una pistola debe ser cosa sorprendente.

Así, á lo menos, lo creia cierto joven llamado Emilio que visitaba con frecuencia la casa de la señora Clara de H.

Dije que el sol espiraba iluminando con sus pálidos y moribundos rayos una casita blanca; esta era la morada de la joven.

Emilio queria á Clara, pero como era natural, ó mejor dicho, como era novelesco, Clara no le queria.

¡Pobre Emilio! ¡Pobre Clara!

Se me ocurre una idea.

Si todos los *pobres* que he visto en novelas ó novelistas anduviesen por la ciudad ¡pobre ciudad!

Clara está triste como un sepulcro, y su voz argentina como el canto de la ranita pequeña que implora perdon, se eleva al cielo.

Emilio está triste como una tumba.

Su corazon es una losa.

Debajo de esta losa descansa su alma.

¡Pobre alma!

Clara ha salido á la puerta de la casita.

Sus ojos recorren el vasto horizonte y se fijan en el cielo.

Una lágrima rueda por sus mejillas y cae verticalmente sobre un pañuelo que la joven tiene entre sus manos.

Discurramos sobre una lágrima:

Un romántico poeta ha dicho:

«Las lágrimas son la lluvia de un corazon que amenaza tempestad.»

El corazon de Clara está rociado.

Un literato alemán que ya tiene nombre dice: «El cuerpo humano es un monte, las lágrimas la lava del corazon que es un volcan.

El corazon de clara está volcánico.

Deducimos, segun lo dicho, que la lágrima fugitiva, ardiente, diáfana, trasparente y no incolora que se desprendia de los ojos de la joven, indicaba que su corazon estaba *tempestuoso, rociado y volcánico*.

¡Qué anomalías!

¡Cuando decimos que nadie puede comprender el corazon humano!

II.

DESGRACIADO ENCUENTRO.

Pedro era un pescador.

Clara amaba á Pedro.

El dia comenzaba, y los inocentes pastores y las inocentes cabras y las inocentes zagalas y toda la inocencia comenzaba á rébullirse.

El cuadro era encantador.

Aquí se oía el gruñido del cerdo que clamaba por desasirse de la pata que tenía amarrada.

Allí el bostezo encantador de una ninfa campestre.

Mas allá el rebuzno del asno que saluda á su amada.

Mas lejos.... mi pluma correria hasta llenar una resma de papel siempre describiendo este cuadro de la naturaleza, pero recuerda á Clara.

¡Qué hermosa está!

La aurora que curiosa como todo lo femenino se habia colado por la ventana del cuarto de la joven se marchaba, asustada por la puerta.

El sol, al verla, de miedo empalidece, y el cielo se viste de nubes porque la niña se viste de azul.

La joven está pálida.

Sus ojos lograron por fin tomar el color de la esperanza.

Estaba delgada y flexible pero no como las palmeras de los poetas.

Su cabello rubio como el de los mazorcicos flotaba á discrecion del aire y se enredaba á su placer.

Eolo se encargaba del enredo.

Eolo se encargaba de tejer las redes en donde seguramente no caería el *amor*, pero si algunos infelices seres....

Y Pedro no venia.

Pero, lo que es peor, Pedro no la amaba.

Aquel vestido azul negruzco ceñido á un cuerpo *fino* no le agradaba tanto como el zagalejo colorado con franjas negras de su prometida Teresa.

Y Emilio hubiera dado todos los zagalejos del mundo por un pedazo del vestido azul.

¡Anomalías!... siempre anomalías!
 ¡Este es el siglo XIX!!
 ¡Jóvenes! no os queda mas recurso que la pistola.
 Mataos.

Pero no pronunciéis al morir— «perdon Diosmio» — sino: desesperacion— ya soy feliz— ya puedo descansar ú otras frases análogas.

Pedro llegó por fin y pasó por delante de Clara.

Clara que tenia los ojos turbios no pudo ver una maliciosa sonrisa del jóven, pero si la sombra del pescador en el pavimento.

La sombra del pescador continuada por una línea curva de bastante longitud.

Era la caña.

Una idea saltó á la mente de la ilusionada niña.

¿Seria Pedro la *sombra* de su desgracia?

¿La perseguiria de continuo?

Diciendo esto alzó la cabeza y hallándose frente á frente con Emilio dió un grito de sorpresa:

— «No os asustéis preciosa jóven— dice el nuevo Cupido— y parece que la sangre quiere romper la epidermis.

La jóven se llevó las manos á la cara y logró.

1.º Eclipsar una luna menguante poniendo de manifesto dos formas esqueléticas.

2.º Ocultar una cosa fea para descubrir otra peor. Sus manos parecian dos asteriscos.

El jóven prosiguió:

— «Si mi cándida pureza, si mi timidez propia os asustan, en el cielo podré juntarme con vos. Parto, pues; y si mañana un cadáver flota en las tranquilas aguas del rio ese será mi cadáver.»

Un sudor frio corrió por el cuerpo de la niña.

El jóven partió.

Y sé que corrió por el cuerpo de la niña un sudor frio porque nosotros, los *poetas románticos*, sentimos lo que queremos que sientan otros, penetramos sus mas recónditos secretos y adivinamos sus mas internos pensamientos.

La jóven quedó sola y lloró, suspiró, alzó los ojos al cielo y por último cayó en tierra.

III.

Cambia la escena.

En un pueblecito repican las campanas y sus armónicos sonos llaman á las inocentes zagalas, tímidos pastores, venerables ancianos, virtuosos niños, en una palabra, á todo el pueblo.

La iglesia está adornada con sencillez.

Una jóven vestida de blanco se halla al lado de un mancebo de bella presencia.

Un cura les echa las bendiciones y dos veces pronuncian un *si* tan comovido como el *si* de las ves.

En este momento una mujer delgada y flexible

penetra en el templo, se dirige á un rincon y observa atentamente el espectáculo.

Su cara está triste y sus ojos humedecidos por lágrimas de fuego.

Nadie repara en ella y ella mira á todos.

¡Pobre Clara! ¡¡ Cuánto sufre !!

Pedro se casa con Teresa.

Clara pierde aquel amor.

Esta pérdida la llevará á la tumba.

¡Pobre Clara!

¡Pobre Emilio!

Concluidos los desposorios, los jóvenes cónyuges se van á su casa en alegre romería y, mientras, Clara sufre,

Llega la noche.

Una muger cruza el pueblo.

Llega ante una casa y monta una pistola, se apunta á la cabeza y dispara.

La bala pasa por encima de su cabeza, la muger cae al suelo.

IV.

EL CEMENTERIO Y LA CARTA.

La luna iluminaba los blancos y negros sepulcros de un cementerio.

Una brisa fresca y humeda corria por entre las tumbas.

Los buhos cantaban.

Una muger vestida de negro y con una linterna en la mano buscaba entre todas las lápidas una en la que se hallaba el nombre de su Emilio.

Emilio se habia ahogado apesar de todos los esfuerzos que hizo por lograr lo contrario, así que estuvo luchando con las aguas.

La jóven halló por fin la lápida y acercó á ella la luz.

Entonces pude ver su rostro que estaba triste como un drama de pasion.

Dejó una carta sobre la losa y se marchó.

El viento arreció un poco y Clara se quedó á oscuras.

Su vestido negro se confundió con la negrura de la noche.

Movido por un impulso de curiosidad me acerqué al sepulcro, pillé la carta, que otro hubiera tomado si yo no lo hubiera hecho, y le leí lo siguiente:

«Muramos, muramos, muramos. Morir es la vida. El suicidio es el único bien de la existencia. Tenté suicidarme y no pude. Ahora lograré mi intento por que voy á tomar arsénico que se me dice es una bebida venenosa. Se me dice tambien que con tres onzas tengo bastante, pero yo para asegurar mi intento le añadiré ocho cuartos de ácido sulfúrico. A nadie culpo de mi muerte.»

» CLARA »

V.

EPILOGO MORAL.

Clara no se ha suicidado, pero se ha metido en un convento.

Clara por primera vez en su vida la ha entendido.

El convento era su único porvenir.

Clara estaba destinada, como todas, á dar á la sociedad, hombres que la sostuviéran, mugeres que la continuáran, pero las novelitas románticas la convencieron de lo contrario.

¡Es mucho el poder de sus novelas!

Clara de todo hace en el convento menos rezar.

El recuerdo de Emilio la mata, el recuerdo de Pedro la hace renegar del mundo.

¡Pobre mundo!

Cocluuyamos no sea el epílogo mayor que toda la narracion.

Pedro y Teresa siguen buenos y gozando de una vida patriarcal.

* *

Málaga, Junio 1862.

SOLUCION A LOS JUEGOS DE PALABRAS,
puestos en nuestro número anterior.

Al 13. Caravaca (Cara y vaca).

» 14. A. V. V. (aves).

» 15. S. Primitivo.

» 16. S. Segundo.

» 17. S. Modesto.

SIGUEN LOS JUEGOS DE PALABRAS.

18.

¿Cuánto dista lo verdadero de lo falso?

19.

¿Cuáles son las letras mas sucias?

20.

¿Qué calle de Málaga pudiera mantener á algunos infelices?

21.

¿Cómo la muger puede llegar á ser mas que muger?

22.

¿En qué se parece el gazpacho á un puente?

Solucion á la charada del número anterior.

A TALAVERA me fui
para evitar mis pesares,
pero á donde marchó yo
parece que van mis males.

H. L.

Málaga.

CHARADAS.

En una *prima* y *segunda*
alegre y risueña á un tiempo,
vive *segunda* y *tercera*
que tiene á mas de talento
una *primera* con *tercia*
que vale mas que Marruecos,
y una *cuarta* con *primera*
que resucita los muertos.
Quiere á un *primera* con *cuarta*
que es adusto y pendenciero,
mas de *cuarta* repetida
no tiene siquiera un pelo.
Deja él que la *cuarta* y *sesta*
del mundo, vaya corriendo,
y solo piensa en su novia
cuando no piensa en el juego.
A este hombre *segunda* y *tercia*
ha dado su pensamiento
y aun muchos dicen le ha dado
palabra de casamiento.
Una *primera* con *sesta*
testigo es de sus secretos
y ya ambos han decidido,
puesto que pasó el invierno,
ir á gozar á mi *todo*
su enlace amoroso y tierno.

B. C. J.

Málaga.

De oír la *tercera* y *cuarta*
la muger se asusta menos
que de ver *prima* y *segunda*
al mirarse en el espejo.
Y yo temo al calavera
y atolondrado mozuelo,
á quien las cuatro dan nombre,
mas que á un toro jarameño.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cintería, n. 1 y 3.